

La Televisión como Espacio Político

Canales Montoya, Renato

Ha transcurrido medio siglo desde que nació la televisión comercial en el Perú y durante este tiempo la historia política de nuestro país ha estado íntimamente ligada a este importante medio. Especialmente en los últimos 30 años en los que se incorporaron una serie de innovaciones tecnológicas que jugaron un papel importante en la misión informativa de los periodistas televisivos.

Durante los primeros años de la televisión, los *broadcasters* decidieron darle más importancia a los programas de entretenimiento. El papel que la televisión jugó, fundamentalmente, fue el de llevar distracción antes que información. El tema periodístico no era uno de los preferidos de los empresarios televisivos, probablemente debido a que durante sus primeros 22 años de vida, más de la mitad de ellos tuvieron que convivir con dictaduras.

Todos los que hoy tenemos más de 40 años recordamos las grandes series norteamericanas de los sesentas que nos apasionaban cuando éramos niños, o las telenovelas que nuestras madres veían fielmente cada noche. Sin embargo, aquellas horas de diversión frente al televisor fueron muchas veces interrumpidas por los tediosos discursos políticos en vivo del Gral. Juan Velasco Alvarado, el dictador de turno. Según cuenta nuestro desaparecido amigo y periodista investigador Pedro Planas, en su libro “La videopolítica en el Perú”, antes de Velasco los ex mandatarios Ricardo Pérez Godoy y Nicolás Lyndley, ambos generales y gobernantes de facto, hicieron una utilización política de la televisión que, según nuestro punto de vista, nos les resultó muy favorable porque permanecieron muy poco tiempo en el poder. Quizás por esta razón y por su desprestigio de ese entonces, Fernando Belaúnde Terry, prácticamente, la ignoró durante su primer gobierno.

Si bien en los años sesentas ya existían noticieros locales, los programas de investigación o de debate fueron muy escasos o simplemente inexistentes. Recién con el advenimiento de la grabadora portátil, los livianos enlaces de microondas, las cámaras de video portátiles y por supuesto con el advenimiento de la democracia, hacia fines de los setenta y principios de los ochentas el panorama cambió radicalmente.

Desde mi propia perspectiva, considero que el gran pionero de esta nueva etapa del periodismo televisivo fue el destacado periodista Alfredo Barnechea, quien al frente de su programa “Contacto Directo” de América Televisión en los últimos años de los setentas, lideró un período de apertura ideológica impensable para esos tiempos. Barnechea, permitió que líderes de distintas corrientes políticas pudieran expresar su punto de vista sin temor a ser censurados. Tengamos en cuenta que en esos tiempos, el Presidente Francisco Morales Bermúdez iniciaba un lento proceso de retorno a la democracia, que incluyeron elecciones libres para un congreso constituyente y para las elecciones generales de 1980.

Esos primeros años de democracia coincidieron con el nacimiento de programas periodísticos que por primera vez llevaron a los hogares peruanos la realidad de las zonas más convulsionadas de Lima y de las distintas regiones del Perú. Eran reportajes de investigación y denuncia que pudieron realizarse porque se contaba con la tecnología adecuada, con periodistas de prestigio y con jóvenes reporteros egresados de las facultades de comunicación de Lima. Hay que tener en cuenta que este tipo de periodismo televisivo fue posible gracias a que se vivía en democracia luego de más de 12

años de una dictadura militar. El gobierno de Fernando Belaúnde debía dar muestras de tolerancia y apertura y así lo hizo, a pesar que muchas veces fue criticado de presionar políticamente a los medios.

Los programas más recordados de esos años fueron “Testimonio” y “Visión”, dirigidos por César Hildebrandt Pérez-Treviño y producidos por América Televisión; “Panorama” y “Testimonio”, de Panamericana Televisión, y algunos años después “Encuentro” y “Contrapunto”, en Frecuencia Latina, y “Documento” y “Uno más uno” en Andina de Televisión, estos dos últimos dirigidos y conducidos por Fernando Ampuero, otro destacado periodista.

A diferencia de hoy en día, estos programas tuvieron durante la década del ochenta una gran dosis de temas políticos, donde se abordaron distintos aspectos de la actualidad y donde los grandes protagonistas eran los parlamentarios, juristas y políticos tradicionales en general. Este estilo de hacer programas periodísticos ha ido cambiando paulatinamente hasta llegar a nuestros días. Hoy, los canales de televisión, preocupados en llegar a una población muchísimo más variada que la de los ochentas y permanentemente presionados por el rating, vienen produciendo programas con contenidos más variados. Estos dos grandes aspectos sumados al desprestigio de las instituciones y la desconfianza de la población en sus autoridades, han provocado que el papel de los programas periodísticos cambie de manera radical.

Según la encuesta realizada por el GOP (Grupo de Opinión Pública) de la Universidad de Lima el sábado 28 y el domingo 29 de junio de este año, los noticieros son el tipo de programa que más prefieren los televidentes. Es decir sobre una base del 100% de los encuestados en Lima y el Callao, el 62.6% de personas busca este tipo de programas. Este comportamiento de la población obedece, sin lugar a dudas, al carácter masivo del medio y al hábito de informarse de los limeños. Sin embargo, en los últimos años, la credibilidad de los informativos de la televisión abierta se vio seriamente afectada por los actos de corrupción en el que incurrieron los propietarios de los canales y algunos periodistas. Al parecer, luego de casi una década de haber visto en pantalla a Ernesto Schütz, Julio Vera y los Crousillat recibiendo dinero de Montesinos, los efectos negativos de estos hechos parecen haberse diluido y servido de experiencia para que los canales no vuelvan a vivir una experiencia tan vergonzosa.

La mayoría de los críticos de la televisión sostienen que la calidad de los programas informativos no ha variado y que siguen siendo violentos, vulgares y de baja calidad. Sin embargo, parece ser una vez más, que la población no comparte ese punto de vista y que percibe una mejora en sus contenidos. Las cifras y hechos así lo demostrarían. En la última encuesta anual de la Universidad de Lima sobre confianza en instituciones privadas realizada en octubre del año pasado, se puede apreciar que la prensa televisiva se encuentra con un 59.9% de confianza, por debajo de las universidades particulares, la prensa radial, la Iglesia Católica y los bancos. Si bien estos resultados no son óptimos, demuestran que la prensa televisiva ha superado esa etapa de crisis y que intenta recuperar el espacio ganado por la prensa radial, el Internet y la televisión por cable.

Personalmente, considero que los aspectos que han permitido de alguna forma que los programas informativos vuelvan a gozar de credibilidad y en muchos casos de esperanza, es el deterioro de las principales instituciones públicas y de los partidos políticos.

Las constantes demandas sociales que se ven reflejadas diariamente en la televisión se deben a la inoperancia y incapacidad de las autoridades para resolver los problemas urgentes de la población. Las violaciones sexuales, la delincuencia común, las pandillas, la delincuencia organizada, el narcotráfico en grande y pequeña escala, la corrupción del poder judicial y del ministerio público, la

agresividad de los transportistas urbanos y de carretera, el maltrato al jubilado, la mala atención en los hospitales y postas médicas, la corrupción policial, los maestros mediocres, la ineficiencia de los alcaldes y municipalidades, el inoperante gobierno regional y el elefantiásico gobierno central son la causa de la frustración colectiva. Las víctimas de este sistema son todos los peruanos, pero principalmente la gente pobre y de la extrema pobreza que no tiene recursos para poder enfrentar estos problemas.

En este contexto de caos e injusticia, el papel de los medios de comunicación es importantísimo. Tanto en los sectores menos favorecidos como en los más pudientes, los afectados acuden a la prensa para dar a conocer denuncias que consideran injustas. Ellos saben que “mediáticamente” podrían conseguir lo que las autoridades corruptas o ineficientes no pueden resolver. Ejemplos para poder graficar esta situación hay miles, sin embargo, basta ver el caso de los pobladores de las zonas más pobres de Lima “ajusticiando” a un ladrón que los jueces dejaron libre, o el conflicto que atraviesan los hijos de Felipe Tudela y Varela con los familiares de Graciela de Losada, para darnos cuenta de lo que estamos hablando.

Este papel fiscalizador de la prensa se da en todos los medios, en la radio, en los diarios o en la televisión. Sin embargo, por las características propias de esta última y por su masiva cobertura goza de la preferencia de la población.

En esta coyuntura el rol del productor periodístico es importante porque debe buscar desarrollar temas que sean de gran utilidad para el televidente en medio de la exigencia de los índices de sintonía. La televisión vive del rating y esa realidad no va a variar en los próximos años. Por lo tanto, su trabajo deberá estar orientado a producir contenidos atractivos e importantes para su público objetivo, respetando los derechos del televidente. Sin embargo, no deben existir temas censurados ni de inferior calidad, todo está en la forma como serán abordados. Por esta razón, los temas políticos no necesariamente son los más importantes para la población; en un país como el nuestro, las carencias y necesidades más inmediatas de las mayorías se convierten en temas predominantes y de máxima urgencia.

La televisión está al servicio de las mayorías.